



# El largo cauce

Ignacio Sardiñas Sánchez y María Luisa Santiesteban Corral

## Avería

Estaba ojeando en la pantalla las noticias distraídamente; como siempre, más que cosas que sucedían, las noticias contenían opiniones acerca de las mismas, por lo que pocas le llamaban la atención. Buscó la sección de “insólitas”, Planet Press contaba un nuevo avistamiento del yeti, esta vez en una perdida zona en el interior del bosque de Nepal, y una serpiente gigantesca de más de cincuenta metros había sido avistada en otra remota aldea de la cuenca del Orinoco y en un sitio llamado Lepe también habían visto un monstruo similar. Era una sección divertida, pero lógicamente no so-

lía tener nunca fotos ni vídeos que documentaran los maravillosos encuentros.

Sonó un zumbido que le hizo mirar hacia el gran monitor en el que se podían ver todas las instalaciones cuyo mantenimiento correspondía a la brigada de la que formaba parte. Observó cómo se activaba una señal de alarma en un punto situado prácticamente al final del gigantesco circuito.

—Es en la otra punta, vaya marrón —murmuró mientras se bebía el último sorbo de la taza de café que tenía al lado del teclado.

Se levantó, recogió el instrumental de mantenimiento y activó el intercomunicador de su muñeca.



–Jenna, a moverse, hay una avería en la instalación de terraformación.

–¿Ahora?, ¡pero si termino el turno en menos de dos horas!

–Ahora, ya recuperarás después el tiempo que dediquemos a arreglar este marrón, paso a recogerte.

–Vale Indy, vale, como tú digas. Pero lo recuperaré en cuanto regresemos, y sin cortes.

Indy salió del cuarto de control y se dirigió por el pasillo hasta el hangar de la brigada de mantenimiento, ella esperaba ya a la puerta del habitáculo de descanso del personal de guardia con cara de pocos amigos.

–Espero que sea de verdad algo importante, o te vas a acordar.

–Es una avería urgente, es en la zona crítica, no podemos esperar a que cambie el turno, lo siento.

–Está bien, vamos.

Salieron del hangar y se dirigieron a la estación de embarque del monorraíl. A los pocos minutos entró en la misma el pequeño vehículo que circulaba sobre el raíl, entraron en su interior y se sentaron. Con un suave zumbido arrancó, adentrándose en la gigantesca caverna por la que circulaba pegado a la pared de la derecha frente al carril que, situado al otro lado, discurría en dirección contraria.

## El halcón

El camino discurría por el monte pareciendo perderse en la nada, el coche levantaba una polvareda considerable pese a circular a escasa velocidad. El vehículo se detuvo.

–Sabes, colega, yo para los bolos siempre me llevo el infiernillo, la sartén y el aceite, a mí no me vuelven a pillar a cuenta de esperar a tocar para quedarme al final sin cenar –dijo Diego saliendo del vehículo por el lado del copiloto.

–Ya ves –contestó Doc, mientras abría la puerta de atrás donde viajaba la rapaz plácidamente sobre su alcándara.

–Yo antes del bolo me pongo el infiernillo, me

frío una patatita y un filete y me quedo como nuevo, así no me importa que haya que esperar, y tengo la tripa llena por lo menos.

Doc se concentró en organizar toda la parafernalia que llevaba para sus sesiones de cetrería.

–Seguro que el John Lennon estuvo por aquí –aseveró Diego mientras se liaba un cigarrillo.

–No tengo la más mínima duda –contestó Doc. El halcón viajaba en el asiento trasero del coche, en una alcándara (posadero), lo cogió tras revisar el chaleco a ver si llevaba el silbato, una lonja y tornillo de recambio por si acaso, el cuchillo, y los papeles del pájaro y la licencia de caza por posibles encuentros con el Seprona. Cogió también un escape por si no había caza, una paloma. Miró la telemetría (emisor, receptor y pila para el emisor).

Puso el emisor en la pata al halcón, le quitó la lonja y el tornillo, y aflojó los cerraderos de la caperuza. Empezaron a andar con el pájaro en el guante por la desértica meseta alejándose del coche. Caminaron un rato hasta donde divisaban el cauce del río al fondo ocupado por huertas y cortijos aislados. Al otro lado se divisaban los acantilados de la otra orilla, de considerable altura. Descaperuzó al halcón y lo soltó a volar.

–Joder, cómo ha salido –dijo Diego ajustándose las gafas a la cara.

–Tan rápido como mal –respondió Doc contrariado.

En efecto, el halcón había salido escopetado, pero en un vuelo rasante alejándose sin parecer tener intención de volver. Doc le soltó una paloma, que en cuanto fue divisada por el halcón provocó que éste se aprestara a perseguirla, apretando todo lo que pudo su vuelo, pero siéndole finalmente imposible de capturar. Había recorrido unos dos mil metros cuando se volvió hacia ellos; entonces Doc pegó un silbatazo y le sacó el señuelo para atraerlo y que cuando fuera a agarrarlo, darle un tirón para que volviera a repetir durante varios intentos para ejercitarle así durante un rato. Por fin, en una acometida buena, se lo dejó trabar y que comiera.



Se encendieron un par de cigarrillos mientras comía y tras atarle una pihuela a la lúia con un salto de pihuelas, una tira de cuero enganchada por un lado al guante y con un enganche en el otro extremo con lo que agarraba una pihuela por seguridad. Cuando pensó que ya estaba bien de comer en el suelo, le ofreció algo en el puño para que se subiera al guante, le dejó picar y le encaperuzó para que acabase de comer con la caperuza.

–Luego he quedado con el Gabi en el bar de su familia –dijo Doc.

–Yo tengo la tarde libre, Doc –replicó Diego mirando hacia la lejanía.

–Me decía no sé qué de una mudanza o algo así –continuó Doc.

–¿Pero en Almería? –preguntó Diego.

–Sí, sí, me dijo que tenía que bajar a la ciudad –contestó Doc.

–Bueno, nos pilla de camino, luego podíamos acercarnos al local a ensayar un rato –continuó Diego.

–No es mala idea, vale, cuando acabemos lo del Gabi nos acercamos al local –contestó Doc.

–Es que se me ha ocurrido un temilla, así en plan reggae, dedicado al halcón, a un halcón que reptaba, para ser exactos –remató pensativo Diego.

Deshicieron el camino andado por el páramo en dirección al coche. A medida que se acercaban divisaron dos todoterrenos de la Guardia Civil. Se acercaron con calma, se les acercó un uniformado dirigiéndose a ellos.

–Buenas tardes –les dijo con expresión seria.

–Buenas –contestaron Doc y Diego a coro.

–Saben que aquí no está permitida la caza, supongo –continuó el guardia civil.

–No estábamos cazando, sólo paseando al halcón para acostumbrarlo al campo –respondió Doc.

–A ver la documentación del animal –dijo secamente el guardia extendiendo la mano derecha.

–Aquí tiene –dijo Doc entregándole los papeles del halcón– está todo en regla.

Leyó detenidamente toda la documentación tomándose un buen rato, mientras observaba

al halcón sobre el guante y a los dos presuntos cazadores furtivos de cuando en cuando. Finalmente le devolvió la documentación a Doc.

–Bien, todo está en orden, pueden continuar, buenas tardes –dijo por fin el guardia civil.

–De acuerdo, gracias –respondieron ambos mientras Doc abría la puerta trasera del coche para acomodar al halcón en la alcándara y se deshacía de todos los bártulos que había cogido para la sesión, mientras Diego se sentaba en el asiento del copiloto. Doc entró y arrancó el motor, los dos todoterrenos de la Guardia Civil emprendieron su camino a la vez siguiendo en dirección contraria a la suya. Volvieron a la carretera.

Tiraron hacia la izquierda por la carretera que discurría paralela al cauce del río hacia el sur, siguiendo el cauce hacia la desembocadura.

–Pensar que este río era navegable hasta aquí arriba en la antigüedad –dijo Diego mirando hacia el cauce ocupado por los cortijos y sus cultivos.

–Llevaría algo más de agua entonces –respondió Doc.

–Posiblemente –remató Diego.

## Los túneles

No se distinguía el techo, la negrura era absoluta. “Ni una estrella, sólo un oscuro techo”, pensó Indy mientras miraba hacia arriba por la ventanilla del monorraíl de mantenimiento. Era un largo y tedioso recorrido hasta llegar a la zona del Área X, al fondo del sistema, pasada la zona de los clones. En realidad apenas algunas veces en su vida había visto las estrellas, salvo en los hologramas divulgativos y de aventuras espaciales, pues era ya la cuarta generación nacida allí abajo.

Tantas cúpulas transparentes y ciudades flotantes y al final se había optado por lo más práctico, utilizar lo que ya existía y estaba bajo el suelo, los gigantescos túneles de lava creados hacía millones de años. Resultaron ser el mejor lugar para asentarse sin complicaciones por estar



dentro de unas estructuras sólidas de roca volcánica. No había que construir mucho para poder empezar, y en la superficie las temperaturas salvajes y los imprevisibles vientos de cientos de kilómetros por hora habían demostrado la escasa viabilidad de construir nada habitable.

Miró a Jenna 23 que estaba abstraída con su pequeño juguete portátil. Estaba enfrascada encajando piezas holográficas de distintas formas geométricas que parecían caer de la nada; a medida que avanzaba el juego, se aceleraba la caída de objetos y era más difícil encajarlos. La musiquita reiterativa que acompañaba el juego le pareció realmente estresante a Indy.

Por fin el vehículo se detuvo y con un resoplido las puertas se abrieron, acababan de llegar a la zona de acceso restringido sólo a personal con autorización. Una enorme puerta metálica cerraba el paso a cualquier intruso y los carteles avisaban de la prohibición de traspasar la entrada a la zona. A un lado de la puerta se distinguía una terminal de identificación con lectores de huellas y retina, además del lector del código insertado en el microchip subcutáneo que obligatoriamente poseía todo el personal de las instalaciones.

—Esta zona es de acceso restringido, identifíquese para acceder a la misma —oyeron por el altavoz de la máquina.

Se acercó un poco más para la lectura de retina mientras apoyaba el dedo en el escáner de huella, lo que permitía la lectura del chip de su muñeca. “Identificación correcta, puede acceder a la zona”. Jenna repitió sin prestar atención los movimientos obteniendo la misma respuesta. Se acercaron a la puerta mirando discretamente a las cámaras situadas a ambos lados por encima de sus cabezas. Observaron los cañones del armamento situado inmediatamente debajo de las mismas que apuntaba directamente a sus cabezas. Cuando la puerta se abrió, dejaron de contener la respiración, a fin de cuentas nadie podía garantizar que una máquina no fallase algún día haciendo fuego contra el personal autorizado por error.

Desde allí pasaron a través de una cámara de

descontaminación y esterilización en la que tuvieron que esperar unos segundos hasta ser totalmente irradiados. Ni un microbio, ni una bacteria. Nada del exterior pasaba hasta aquella zona. Cuando se abrió la siguiente compuerta, la voz les informó: “Están accediendo al Área Uno de la zona de soporte vital, circulen por la zona permitida, no traten de acceder a equipos o instalaciones para las que no estén habilitados”.

—Nos espera un buen paseo —dijo Jenna con voz de aburrimiento.

—Podemos coger un vehículo de esos —respondió Indy señalando a un lado en el que se veían aparcados media docena de pequeños coches eléctricos.

—No los había visto —confesó Jenna con un tono algo más animado—, es una buena idea.

—Mejor que andar kilómetros desde luego que es —le respondió Indy dirigiéndose hacia la máquina más próxima.

Se subieron e Indy arrancó enfilando el gigantesco y recto pasillo rodeado de habitáculos iluminados con una luz rojiza y cerrados herméticamente, excepto por una puerta con su correspondiente terminal de identificación de personal. A ambos lados del gran pasillo central se veían las cabinas repartidas en hileras y en cuatro alturas frente a las que discurrían pasillos metálicos suspendidos del techo, con ascensores de acceso repartidos entre cada tramo a lo largo de todo el recorrido.

—Ésta es la zona de las madres —dijo mientras señalaba las cabinas laterales.

—Ya la conocía, estuve aquí reparando una terminal de identificación hace un tiempo —respondió Jenna.

—Pues nos queda un buen tramo hasta el Área Décima, así que disfruta del paseo y del paisaje. Aquí caben millones de madres, pensó Jenna mirando las instalaciones desde su asiento.

## Portes

Aparcaron el coche en la calle cerca de la entrada del bar. Salieron del coche y se dirigie-



ron al mismo. A la puerta estaba esperando su llegada Gabi, que les saludó mientras se acercaban, de hecho casi ocupaba toda la puerta dado su tamaño. Entraron los tres en el bar que estaba en penumbra. Gabi se dirigió a la barra y sacó tres botellines, mientras Doc y Diego se sentaban alrededor de una mesa situada al lado de la ventana desde la que se veía la vía de servicio y la carretera un poco más allá.

—¿Cómo vas, Gabi? —dijo Doc.

—Ahí andamos, currando todo lo que se puede con el camión —respondió Gabi.

—Te moverás un huevo —intervino Diego mientras bebía el primer sorbo del botellín.

—Sí que viaja, desde el moro hasta casi el polo —intervino Doc.

—Sí, pero es muy bonito si no tienes que conducir un camión, no te creas —respondió Gabi mientras atacaba con el cuchillo jamonero el jamón que había tras la barra.

—Pues a nosotros nos ha caído un control en mitad de la nada —dijo Diego.

—¿Y eso? —preguntó Gabi.

—Volando el pájaro, que nos han entrado los del Seprona, es lo normal, pero es un coñazo, claro —dijo Doc.

—Eso sí que es un curro bueno —dijo Gabi—, todo el día por el monte con el todoterreno o la moto y cobrando.

—No, si como curro no está nada mal, pero a veces tocan un poco los huevos —dijo Doc dando un sorbo a su cerveza.

—¿Y qué te cuentas?, me mandaste un mensaje.

—Sí, es que tengo que ir a recoger una furgoneta para bajar al mercado, mi primo anda de mudanza de puesto por unas obras y he quedado en echarle una mano; si os apuntáis, os invito luego a unas cañas y unas raciones de caracola —les informó Gabi.

En ese momento apareció procedente de la cocina una señora que limpiándose las manos en el delantal se dirigió hacia la mesa donde estaban sentados.

—Doctor, cuánto bueno por aquí —dijo la señora

cogiendo la mano de Doc con sus dos manos. Luego se dirigió a Gabi.

—¡Cómo no me has avisado de que venía de visita el doctor!, hubiera salido antes —dijo la señora.

Viendo que el plato con el jamón ya estaba vacío lo recogió, les sirvió tres cervezas más y cortó una nueva ración de jamón que acercó a la mesa. Siguieron bebiendo y comiendo hasta acabar con las cervezas y el jamón de nuevo. Al acabar, se levantaron y se acercaron a la señora que estaba ocupada organizando la barra del bar.

—Que nos vamos, que voy a ayudar al primo con la mudanza —dijo Gabi.

—Aceite de Tabernas —dijo la señora sacando una garrafa de cinco litros de detrás del mostrador y ofreciéndosela a Doc—, no me lo puede rechazar, es el mejor.

—Muchas gracias, pero no era necesario... —dijo Doc.

—Cójala, se la guardaba para cuando viniese, doctor —replicó la señora.

—De verdad que no era necesario..., gracias, muchas gracias —dijo Doc cogiendo la garrafa de aceite.

Salieron del bar y se acercaron hasta el coche, Doc metió en el maletero la garrafa de aceite y los tres se montaron en el vehículo. Cruzaron al otro lado del cauce y entraron en el pueblo.

—Para aquí, que esa es la furgoneta —dijo Gabi a Doc.

Se apeó del coche y se dirigió a la furgoneta no sin antes decirles que le siguieran. Diego aprovechó para pasarse al asiento delantero.

—Hasta aquí llegaba el mar cuando los romanos.

—Pues sí que se ha alejado la orilla —respondió Doc—, ¿te he contado lo del trigo?

—¿Qué le pasa al trigo? —dijo Diego.

—La primera vez que me dijeron que si quería un plato de trigo, pensé que era trigo tostado o algo similar, como mucho unas gachas.

—Trigo lleva el plato —dijo Diego.

—Ya, pero no me esperaba que debajo del trigo hubiera un cocido completo —respondió Doc.



–Me imagino que en el norte hay poco trigo y por eso no conocéis la receta –dijo pensativo Diego.

–Sí, con lo del cocido nos parece suficiente, lo del trigo no lo conocía hasta que llegué –repliqué Doc.

Arrancó la furgoneta conducida por Gabi y la siguieron. Para su asombro no salió en dirección hacia la ciudad, sino que cogió otra carretera en sentido contrario. Al cabo de un rato, la furgoneta se desvió hacia la izquierda de la carretera en una amplia zona de aparcamiento situada al final de un pueblo en el que no se veía un alma por las calles. Aparcaron a su lado y bajaron del coche, enfrente suyo se levantaba una especie de bar de los del oeste americano, un gran edificio de madera en mitad de un gran solar.

Siguieron a Gabi y cruzaron la puerta. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz interior, vieron que estaban en un típico bar de los que salen en las películas, con una temperatura entre helada y glacial. Al fondo del local estaba una gran barra, hacia la derecha, una zona con mesas y un billar, la pared situada a la izquierda estaba dividida en compartimentos separados por mamparas, en cada uno de los cuales había una mesa y dos asientos corridos a cada lado de la misma. El local estaba totalmente lleno y sillas y mesas ocupadas por familias enteras. Los niños pequeños correteaban por los pasillos y a los lados de alguna mesa se podían ver cochecitos de bebé.

–Una y bajamos a donde mi primo, es que hay que hacer tiempo, he quedado más tarde –dijo Gabi.

–Un alucine el sitio –respondió Diego.

–Está todo el pueblo aquí dentro –comentó Doc.

–Es por el aire acondicionado, es el más potente del pueblo y es donde más fresquito se está –comentó Gabi dirigiéndose a la barra del fondo.

–Muy interesante –dijo Diego observando la instalación de aire acondicionado.

–Lo curioso es que lo iluminen como si fuera de noche –dijo Doc.

–Es como los que salen en las películas americanas, sólo falta la banda de country –intervino Diego.

–O los Blues Brothers en un escenario con tela de gallinero –terció Doc.

–Tres cervezas bien frías –dijo Gabi al camarero situado tras la barra.

## Los clones

La zona de clones era la que precedía a la zona de producción. En ella millones de clones de tomates, pepinos, lechugas y demás vegetales crecían a la espera de que los implantadores los enviaran a las naves de producción. Se alimentaban en circuitos de agua con nutrientes continuos de la que no se desperdicia ni una gota. Los techos cubiertos de luces de enraizamiento iluminaban el sitio dándole un color rojizo a todo el ambiente. Había distintas zonas que incluían todo tipo de variedades de cultivo, incluyendo la zona de clones de árboles. Hacia el final estaba la gran zona del banco de germoplasma separado del banco de especies modificadas al ambiente del planeta.

Habían atravesado cinco áreas en el silencioso vehículo descubierto. Traspasaron la última compuerta y desembocaron en una amplia zona donde de nuevo el techo no era visible dada su enorme altura. A la derecha del pasillo por el que circulaban había una instalación cerrada con paredes metálicas que ascendían hasta perderse en la oscuridad, no presentaba ventanas de ningún tipo y parecía estar herméticamente cerrada. Un rótulo advertía, “Prohibido el paso a personal no autorizado: Banco de Germoplasma”. Al otro lado del pasillo, una barandilla marcaba su límite y se podía ver una enorme masa de negras y quietas aguas del aljibe de la instalación de varios kilómetros de largo.

Atravesaron la zona y se encontraron de nuevo



ante las puertas de una nueva sección, “Área V Zona de Clonación” decía el enorme rótulo situado sobre las mismas.

–Ya queda menos –dijo Indy un poco harto de tan tedioso recorrido–, realmente está al final de las instalaciones.

–Menudo viaje, a estas horas debería estar dando por finalizada mi jornada, ¿sabes? –replicó Jenna.

–No te agobies, lo pagarán como horas extras –le contestó Indy.

La puerta se abrió y entraron en la nueva zona. Básicamente era igual que la zona de madres, aprovechada hasta el último milímetro de espacio disponible a ambos lados del pasillo central. Allí estaban en sus protegidos receptáculos los millones de clones que el sistema necesitaba para funcionar correctamente. Un sistema automatizado comprobaba el estado de desarrollo de los mismos para trasladarlos a la zona de cultivo cuando presentaran el estado óptimo, mientras tanto se sustentaban con el flujo continuo de nutrientes y la luz adecuada para su correcto desarrollo. La intervención humana era nula.

Tras un buen rato de recorrer las instalaciones llegaron al final de las mismas, donde una nueva puerta daba acceso a la siguiente sección, rotulada como “Áreas VI a X Zona de Biondesarrollo”. Entraron impacientes por acabar con el tedioso viaje hasta su destino.

–¿Te imaginas que haya sido por una intervención alienígena? –dijo Jenna mirando de reojo a Indy.

–¿Exterior o interior? –le siguió la corriente Indy.

–Dado donde estamos es más posible una interior –continuó Jenna.

–No sé, algún tipo de bicho desconocido, o algo así, siempre hay rumores sobre eso.

–También los hay de hallazgo de artefactos de una civilización con millones de años de antigüedad –replicó Indy.

–Veo que no te lo tomas en serio –respondió Jenna algo mosqueada. Para ella, todo aquello más que posible era probable.

–No, si no niego que pudiera suceder, lo que ocurre es que hasta ahora nunca han aparecido pruebas de ninguno de esos descubrimientos –dijo con poca disimulada sorna Indy.

–Te crees que lo sabes todo, pero sólo llevamos aquí menos de doscientos años. No sabemos nada y mucho menos lo que podamos descubrir en un futuro –remató Jenna sin disimular su enfado. Volvió a activar su holojuego, esta vez aparecieron flotando frente a ella las cartas de un solitario.

## El mercado

Llegaron hasta la ciudad siguiendo la furgoneta conducida por Gabi, aparcaron al lado del mercado y salieron de los vehículos, se dirigieron a la entrada. La fachada estaba coronada por una estatua de una figura femenina con un gran cesto de frutas en sus brazos, acompañada a ambos lados de la cornisa por unos jarrones que continuaban en hilera a lo largo de la misma, rellenos a su vez de productos agrícolas de la zona.

–Ahora vamos a ver a mi primo Raf –dijo Gabi.

–¿Se llama Rafael? –preguntó distraído Diego.

–Huy no, se llama Antonio en realidad –respondió Gabi–; es más, mejor que no le llaméis Raf, no le hace mucha gracia.

–¿Y si se llama Antonio, cómo es que le llaman el Raf? –preguntó intrigado Doc.

–Os lo cuento, pero que no se os escape delante de él, ¿eh tíos? –dijo Gabi.

–De acuerdo, tío, sácanos de la duda –dijo Diego–, seremos como tumbas.

–El caso es que el primo Antonio se comió hace un par de años un camión de frente en la carretera, al parecer se quedó dormido –les comentó Gabi.

–¿Y? –preguntó Doc intrigado.

–Bueno, pues resulta que se comió el camión con toda la cara, literalmente se lo comió. Imaginaos cómo le quedó la cara al pobre y, claro, tardó en aparecer alguien que encontrase un



parecido entre su cara y un tomate raf. Total que se ha quedado con lo del Raf, pero no veas cómo se mosquea cuando se lo dicen a la cara. –¡Joder, vaya pasada! –dijo Diego.

Avanzaron por el pasillo central bajo la cubierta sostenida por columnas de hierro que se elevaba sobre unos ventanales que iluminaban con luz natural la zona. Situado al lado de un puesto de verduras y hortalizas, alguien les saludó mientras se acercaban. Llegaron a su lado, era indudablemente Antonio el Raf, el primo de Gabi.

–Te lo agradezco, primo, veo que traes refuerzos –dijo el Raf.

–Hombre, pues sí, eso de tener que trasladar el puesto necesita mano de obra, seguro –replicó Gabi.

Diego miraba distraído a las cajas de verduras situadas a la espalda del primo de Gabi. En un momento divisó una caja de tomates con una forma inconfundible.

–Hombre, mira, qué hermosos, el pata negra del tomate, colegas –dijo sin pensar lo que decía.

Se hizo un silencio sepulcral en el grupo, Gabi, Diego y Doc se miraron rápidamente conscientes de lo que acababa de pasar. Antonio el Raf se volvió a organizar unas cajas dándoles la espalda.

–Venga, manos a la obra, que cuanto antes acabemos antes nos tomamos las cañas y la caracola –intervino Gabi rápidamente.

–Sí, va a ser lo mejor –dijo Doc.

–Sí, que luego queremos acercarnos al local de ensayos a hacer un poco de ruido –terció Diego aliviado por poder escapar de la tensa situación.

## El descubrimiento

Llegaron finalmente al Área X. En las hileras laterales del pasillo se podían ver millones de plantas creciendo en el sistema hidropónico desde la altura del suelo hasta el techo de la nave. Los goteros suministraban nutrientes disueltos en el agua a los plantones, el excedente

caía en unos canalones situados debajo de las plantas y circulaba hacia las estaciones desde las que, tras ser procesada, volvía repitiendo un circuito de manera continua. Pasaron las zonas una tras otra a lo largo de las distintas áreas de cultivo. Al final del pasillo estaba el problema.

En las hileras de cultivo del final se podían ver tomates perfectamente rojos, todos del mismo tamaño, color y forma perfecta. Así era el sistema, todas las plantas eran homogéneas para facilitar el trabajo de los sistemas de recolección que las cosechaban cuando estaban en su momento perfecto para ser consumidas. Y allí al fondo estaba el recolector atascado, algo le impedía poder avanzar y había hecho saltar las señales de alarma. Se acercaron esperando averiguar cuál era el problema y arreglar la avería del sistema. A medida que se aproximaban empezaron a ver algo que no encajaba con el resto de la instalación.

Llegaron a la altura del recolector. Éste emitía un zumbido intermitente, el brazo robotizado se acercaba hasta el fruto, lo barría con su unidad lectora y, con otro zumbido, volvía a la posición inicial, no podía identificar lo que debía recolectar.

–Mira esto, ¿habías visto antes algo así? –dijo Indy asombrado.

–Pues no, es muy raro, nunca había visto uno de verdad –respondió Jenna acercándose para observar el fruto con más detalle.

Entre los millones de pequeños y perfectamente redondos tomates de la zona había surgido uno de forma irregular, de color más verde que rojo, de tamaño y forma no esperados por el programa de reconocimiento del recolector. Jenna lo arrancó sin contemplaciones. El brazo recolector esta vez pasó de largo al no encontrar fruto que analizar y recolectar, se acercó al siguiente tomate y, comprobados su forma, tamaño y color, procedió a recolectarlo continuando su labor con la siguiente planta.

–Asunto solucionado, vámonos –dijo satisfecha Jenna.



–Asombroso, un tomate bloqueando el sistema, si me lo cuentan no me lo creo –dijo Indy rascándose la cabeza.

Se dirigieron a la salida del Área X, Jenna jugaba con el deforme tomate lanzándolo al aire y recogiénolo en la mano repetidamente. Se acercaban a la puerta de salida, cuando ya no pudo aguantar su curiosidad.

–¿Y tu nombre verdadero, cuál es, Indiana o Índico? –le soltó Jenna mientras se acercaban a la salida del invernadero.

–¿Te importa mucho? –respondió Indy pareciendo algo molesto.

–Yo te puedo contar que el mío viene de una antepasada de la Tierra, que vivió en el siglo XX o XXI antes de que emigráramos a Marte, de hecho yo soy Jenna 23, y lo normal es que tú me cuentes por lo menos de dónde viene tu nombre –replicó ella rápidamente.

A cada momento que pasaba se daba más cuenta de que a él no le hacía mucha gracia hablar de aquello, y disfrutaba de su venganza por haberle interrumpido su descanso por tan insignificante motivo como un tomate.

–Fue cosa de mi padre... cuando me registró lo

hizo con un nombre que le gustaba... me puso Indalo –confesó Indy bajando la voz hasta quedar casi en un susurro.

–¡No me jodas que te llamas Indalecio! –dijo Jenna riéndose a carcajadas.

–Indalecio no, Indalo. Dejémoslo en Indy... y te ruego que no se lo digas a nadie, que quede entre nosotros –remató Indy ya realmente mosqueado.

–Descuida, Indalo..., quiero decir Indy, por mí que no quede –replicó Jenna mientras le miraba por el rabillo del ojo. Seguro que a partir de ahora se lo pensará antes de cortarme el descanso tontamente, pensó, o toda la colonia se va a enterar de su gran secreto.

Salieron por la puerta, sobre la que se podía leer en un enorme rótulo: Área Natural de Agricultura, Recolección, Aprovechamiento y Terraformación X.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por los autores de este cuento es el **Mercado Central de Almería**.

